

Elecciones 2020 | Debates

En vísperas de las elecciones en los Estados Unidos, integrantes de nuestra publicación nos ofrecen una serie de ideas y reflexiones sobre los anticipados comicios. Miembros de nuestro comité académico y editorial de Argentina, Brasil y Cuba nos proponen algunos comentarios sobre qué piensan sobre el devenir del ciclo electoral, quién tiene más chances de ganar y el potencial impacto del resultado.

Pablo A. Pozzi, Universidad de Buenos Aires, Argentina

En realidad, no soy politólogo, y mi opinión tiene la validez del historiador. Hace cuatro años pronostiqué que ganaba Hilary Clinton en el Colegio Electoral, si bien Trump ganaba el voto popular. Fue al revés. Hoy en día, un poco más precavido, tengo mayor consciencia de que las elecciones norteamericanas son un proceso sumamente complejo, muy distinto a los procesos electorales sudamericanos, y lleno de trampas para expertos.

Por ejemplo, la lógica diría que Trump debería perder. Ha sido, desde mi



perspectiva, una presidencia lamentable. Sin embargo, retiene altos índices de aprobación y su base electoral se mantiene muy firme. La lógica también diría que debería ganar Biden abrumadoramente, ya que las encuestas le dan una importante diferencia a favor. Sin embargo, las encuestas le daban esa diferencia a Hilary en 2016 y Gore en 2000, y ambos perdieron en el Colegio Electoral.

Parte de la cuestión es que Estados Unidos tiene un sistema electoral donde lo importante es acumular una cantidad de triunfos, aunque sean por escaso margen, en estados con suficientes electores. Así un triunfo abrumador, por mucha diferencia de votos, en estados populosos como California no define frente a victorias por una escasas diferencia en estados medios o chicos. Trump gana cinco estados por escaso margen, mientras que Hilary recibió el apoyo masivo de californianos y neoyorkinos. La sumatoria de votos electorales de una serie de pequeños estados más esos cinco le dieron la victoria.

Un tema no menor será cuánta gente acuda a las urnas. Trump es un desastre, Biden no atrae a nadie, y ambos candidatos vicepresidenciales no son populares. En el

Parte de la cuestión es que Estados Unidos tiene un sistema electoral donde lo importante es acumular una cantidad de triunfos, aunque sean por escaso margen, en estados con suficientes electores.

Pablo A. Pozzi

contexto de la pandemia y la crisis, con candidatos que no entusiasman a nadie, lo más factible es que muchos se queden en casa y no acudan a las urnas. A eso agreguemos el tema de las formas de votación. Las diversas encuestas dicen que 57% de la gente que piensa votar presencialmente lo hará por Trump, al igual que 50% de la gente que lo hace temprano, mientras que 67% de la gente que piensa enviar su voto por correo lo hará por Biden. Si esto es correcto, es factible que gane Trump. El voto por correo no sólo genera numerosos problemas para realizarse, y para contarse, sino que desincentiva al votante.

Por último, a juzgar por los apoyos Biden está encabezando una campaña de salvación tipo “cualquiera menos Trump”. El PCR norteamericano ya le manifestó su apoyo, lo mismo que buena cantidad de actores de Hollywood, e intelectuales como Noam Chomsky, Cornel West y Paul Street. En nuestras latitudes esto sería importante, ya que culturalmente, esta gente tiene influencia política. ¿Y en Estados Unidos? Mi sensación es que los granjeros del Medio Oeste, lejos de verse influenciados, serán enajenados por estos “famosos”.

La conclusión de todo lo anterior es que la elección va a ser más cercana de lo que muestran las encuestas, y que se va a definir sobre todo por el por ciento de participación electoral.

Francisco Cesar Alves Ferraz,
Universidade Estadual de Londrina, Brasil

Quero estar errado. Mas os acontecimentos das últimas semanas, e o jogo sujo que inevitavelmente virá, fazem as chances de Trump serem muito maiores do que indicam, no momento, as pesquisas.



Hoje, provavelmente Biden estaria eleito. Mas ainda haverá dois meses de campanha, que promete ser uma carnificina pior que a de 2016. Naquele ano, o cineasta Michael Moore previu a vitória de Trump, quatro meses antes da votação. Seus argumentos continuam, infelizmente, atuais. Das cinco razões que Moore entendia que dariam a vitória à Trump em 2016 – o “problema” Hillary; o desencanto do eleitor; o “voto de protesto”; o desemprego; o apelo ao homem branco hétero protestante -, quase todas estão aí novamente.

Começemos por Joe Biden. Ele padece de carisma. Não representa ruptura com o sistema político. O apelo de Biden reside em ser.... anti-Trump. ¿Será suficiente?

Ok, não temos mais o “voto de protesto”. Mas temos o “voto envergonhado”, que é aquele que não se manifesta nas pesquisas, mas no lugar mais importante, que é a urna.

Se a eleição for decidida pela recuperação dos empregos para os americanos, Biden terá problemas. Antes da pandemia o desemprego caiu (3,5% em setembro de

2019). Não adianta dizer que essa queda começou com Obama, nem lembrar que os empregos “recuperados” são precários. Para o eleitor, agora ele tem mais chance de estar empregado. E, mais: ele acredita que pelo menos agora os empregos estão “na América”, e não nos outros países, ou com os imigrantes ilegais. É a união entre o *estômago* (satisfação material) com o *fígado* (ressentimento em relação ao não americano, que em seu entender sempre lhe “roubou” o emprego).

As palavras de Trump são música para os ouvidos do homem branco hétero protestante. E, importante, uma parcela das mulheres brancas também. Pesquisas mostram que as *swing voters* podem chegar a ¼ dos votantes do sexo feminino. Trata-se de um grupo tendencialmente conservador. Apoia valores como a proteção das famílias, contra as ameaças “à América”, aos seus valores e modo de vida.

Faltava a Trump algo para lembrar os eleitores desses valores e fazê-los esquecer a sua desastrosa condução do país durante a pandemia. Não falta mais. Nos últimos dias, Trump aproveitou os conflitos raciais nas ruas e se colocou como protetor da ordem e da propriedade. Era a bandeira que lhe faltava. Se vai funcionar, só o tempo dirá.

As manobras mais sujas começaram. As *fake news* se intensificaram. O estilo paranoico da

política americana será praticado ao máximo. Nisso, a vantagem de Trump é enorme.

O que fazer? Os militantes democratas vivenciam um dilema: não podem jogar o jogo sujo das *fake news*, nem apelar aos instintos mais intolerantes e bárbaros para a vitória do seu candidato. Já os militantes de Trump não se preocupam com esses detalhes. Se for preciso dizer que a Terra é plana e que há um complô BLM-globalista-comunista-antifa-pedófilo-transgênero-imigrante-comandado pelo marxismo cultural gramsciano-chinês, capaz de espalhar um vírus desenvolvido na China

para exterminar a América, eles o farão. Quem se opuser a Trump precisará combater com tenacidade essa torrente de mentiras. Essa será a eleição decisiva para restaurar a civilidade

nas práticas políticas, ou para matá-la de vez.

Assim, com uma eleição que se ganha nos *swing states*, o que decidirá será a capacidade de fazer os votantes irem até a sala de votação, em meio a uma pandemia. É preciso uma militância ativa. E nesse ponto, os eleitores de Trump exibem muito mais voluntarismo do que os ativistas democratas demonstram por Joe Biden. Por essas razões, e espero estar errado, creio que Trump vencerá.

Hoje, provavelmente Biden estaria eleito. Mas ainda haverá dois meses de campanha, que promete ser uma carnificina pior que a de 2016.

Francisco Cesar Alves Ferraz

Quiero estar equivocado. Pero los eventos de las últimas semanas y el juego sucio que inevitablemente vendrá hacen que las posibilidades de Trump sean mucho mayores de lo que las encuestas indican en este momento.

Hoy, probablemente Biden sería elegido. Pero aún nos quedan dos meses de campaña que prometen ser una carnicería peor que la de 2016. En aquel año, el cineasta Michael Moore predijo la victoria de Trump, cuatro meses antes de la votación. Sus argumentos continúan siendo, desafortunadamente, actuales. De las cinco razones que Moore entendió que le darían a Trump la victoria en 2016 - el "problema" Hillary; el desencanto del votante; el "voto de protesta"; el desempleo; la apelación al hombre blanco hetero protestante - casi todas están ahí de nuevo.

Empecemos por Joe Biden. Carece de carisma. No representa una ruptura con el sistema político. El atractivo de Biden radica en ser... anti-Trump. ¿Será eso suficiente?

Ok, ya no tenemos el "voto de protesta". Pero sí tenemos el "voto de la vergüenza", que es el que no se manifiesta en las encuestas, sino en el lugar más importante, que es la urna.

Si las elecciones se deciden por el factor empleos, Biden tendrá problemas. Antes de la pandemia el desempleo bajó (3,5% en

septiembre de 2019). Es inútil decir que la caída del desempleo comenzó con Obama, o recordar que los trabajos "recuperados" son precarios. Para el votante, ahora hay más posibilidades de estar empleado. Además, cree que, al menos ahora, los trabajos están "en Estados Unidos" y no en otros países, u ocupados por inmigrantes ilegales. Es la unión entre el estómago (satisfacción material) y el hígado (resentimiento hacia el no-norteamericano, que en su opinión siempre le "robó" el empleo).

Las palabras de Trump son música para los oídos del hombre blanco hetero protestante.

Y, lo que es importante, también lo son para algunas de las mujeres blancas. Las investigaciones muestran que las *swing voters* pueden llegar a 1/4 de las votantes femeninas. Se trata de un grupo con tendencia conservadora. Apoya

valores como la protección de la familia, contra las amenazas a "los Estados Unidos", a sus valores y forma de vida.

A Trump solo le faltaba recordarles a los votantes estos valores y hacerles olvidar su desastrosa conducción del país durante la pandemia. En los últimos días, Trump ha aprovechado los conflictos raciales en las calles y se ha colocado como protector del orden y la propiedad. Era la bandera que le faltaba. Si va a funcionar, sólo el tiempo lo dirá.

Hoy, probablemente Biden sería elegido. Pero aún nos quedan dos meses de campaña que prometen ser una carnicería peor que la de 2016.

Francisco César Álvez Ferraz

Las maniobras más sucias han comenzado. Las noticias falsas se han intensificado. El estilo paranoico de la política estadounidense se practicará al máximo. En esto, la ventaja de Trump es enorme.

¿Qué hacer? Los militantes demócratas se enfrentan a un dilema: no pueden jugar el juego sucio de las noticias falsas, ni apelar a los instintos más intolerantes y bárbaros para que su candidato gane. Por otro lado, a los militantes de Trump no les importan esos detalles. Si hay que decir que la Tierra es plana y que hay un complot de BLM-globalista-comunista-antifacista-pedófilo-transgénero-inmigrante comandado por el marxismo cultural gramsciano-chino, capaz de propagar un virus desarrollado en China para exterminar a los Estados Unidos, lo harán. Cualquiera que se oponga a Trump tendrá que luchar con tenacidad contra este torrente de mentiras.

Esta será la elección decisiva para restaurar la civilidad en las prácticas políticas, o para matarla para siempre. Entonces, con una elección que se gana en los *swing states*, lo que decidirá será la capacidad de conseguir que los votantes vayan a los centros de votación en medio de una pandemia. Se necesita una militancia activa. Y en ese punto, los votantes de Trump muestran mucho más voluntarismo que los activistas demócratas de Biden. Por esas razones, y espero estar equivocado, creo que Trump vencerá.

Graciela Iuorno, Universidad Nacional del Comahue

En el transcurso de los últimos meses, las maniobras políticas erráticas y las “animaladas discursivas” están colocando la reelección de Donald Trump al borde de un precipicio. Caída que lo llevaría a engrosar la lista de los 10 presidentes estadounidenses que no obtuvieron un segundo mandato. La serie de “pifias” denotan su falta de sensibilidad social y situó las cosas del cotidiano fuera de control: mal manejo de la pandemia y las protestas contra la desigualdad racial y social. Mientras que Joe Biden en instancias de su nominación Demócrata presentó un discurso mesurado, de unidad nacional desde un centrismo pragmático; atrayente para Estados ‘pendulares’, en particular California, y clases medias blancas y trabajadoras.



Ante la presencia del Covid19 y la ausencia de una política nacional para hacerle frente alcanzó fuertes críticas de la clase política, de organizaciones sociales, del personal de la salud y, en especial de los medios de comunicación. Cada Estado adoptó distintas medidas con resultados diversos. Esta situación convierte a Estados Unidos en la primera nación en número de infectados y muertos. Mientras Biden en su alocución prometió una estrategia nacional para hacer frente al flagelo, en empatía con los que perdieron familiares.

Ante las protestas masivas, tras el asesinato de George Floyd en manos de la brutalidad policíaca, Trump reiteró sus actitudes intransigentes replicando con acciones represivas. Por ello fue cuestionado por la clase política y por miembros del ejército. No buscó dar respuestas a las “heridas” raciales y sociales, sino que transfirió la responsabilidad a los gobernadores, centrándose en los saqueos y calificando de “terroristas” a los manifestantes. Aunque estas acciones seguramente encarnan en el “modelo cognitivo cultural racista” de Estados Unidos que reclama orden. Mientras Biden prometió reconstituir la seguridad social, sin cobertura universal en salud y la obligación del Estado con la tercera edad, pero no es suficiente para captar los votos de jóvenes de izquierda.

Las materias pendientes -salud, inmigración- son un escenario difícil para Trump, donde visiblemente votos republicanos se van calcinando en los sectores medios blancos que lo votaron en 2016, entre los hispanos, en las clases trabajadoras, en la comunidad afroamericana, en las organizaciones religiosas. Mientras la candidatura del “tío” Biden, aumenta sus posibilidades electorales dado que representa la continuidad y el cambio sin la radicalización que representaba Sanders. “Progresistas” y “moderados” buscan terminar con la división y el miedo. Su compañera de fórmula, Kamala Harris, de ascendencia negra y asiática, joven, decidida, agresiva y senadora de un Estado económicamente dinámico, puede hacer la diferencia.

No obstante, Trump podrá utilizar a su favor los tibios cambios en la economía, cuando todo encaminaba a la “Gran Depresión” comienza a estabilizarse y mejoran las cifras del desempleo. Los acuerdos comerciales y “una nación en paz” son los pilares de su política exterior. Mientras Biden promete acercarse a aliados tradicionales y no coquetear con dictadores; incentivar el sector manufacturero/tecnológico, atender a las clases trabajadoras y resolver las brechas económicas raciales.

La candidatura del “tío” Biden, aumenta sus posibilidades electorales dado que representa la continuidad y el cambio sin la radicalización que representaba Sanders.

Graciela Luorno

Trump y Biden entraron en tiempo de descuento: expectativas, sufragios efectivos, colegio electoral, suprema corte. Triunfará el país de la ley y el orden, o la promesa de reconstrucción del bienestar social demócrata. Por las razones expuestas, considero que Biden es quien tiene más chances de ser el próximo presidente de los Estados Unidos.

Fabio G. Nigra, Universidad de Buenos Aires,
Argentina

Si bien en estos momentos las encuestas le dan una leve ventaja al demócrata Joe Biden, esto no quiere decir de ninguna forma que



el republicano Donald Trump ya haya sido derrotado. Las encuestas daban ganadora a Hillary Clinton en la anterior elección, y sin perjuicio de haber obtenido mayor cantidad de votos, la resolución en los Estados que envían más votos al colegio electoral le permitió a Trump acceder a la primera magistratura. En consecuencia, la pregunta no debería estar en cuántos van a votar por uno o por otro, sino cuál será la respuesta en los Estados que aportan los votos decisivos. Y aquí, considero, está la llave de lo que será la victoria de Trump. Es cierto que ha gestionado pésimamente la pandemia; que ha llevado adelante una especie en versión fuerte del “descuido benévolo” (al estilo Richard Nixon) de la cuestión racial; que ha incentivado notoriamente la tensa relación de los WASP (blancos, anglosajones y protestantes) con las minorías. Pero ha hecho algo muy importante y es que los Estados con voto más conservador, favorables al discurso de la “libertad”, del trabajo duro y de substrato fuertemente religioso, lo acompañen. Y las bases de su discurso y práctica política de incentivar la producción y el consumo se mantienen. En otras palabras, tiene muy clara la “ley de Clinton”: es la economía, estúpido. Pese a los malos resultados económicos desde marzo,

a partir de junio el consumo aumentó y eso es un indicador de que el bolsillo de los ciudadanos no está tan mal, sin perjuicio de la enorme cantidad de dinero que se inyectó a la economía desde el gobierno que debe interpretarse como un estímulo a la producción (si se quiere, podría ser denominado un keynesianismo reaccionario).

Es cierto que la muy mala administración de los problemas que trajo la pandemia hundi6 a muchos millones en la pobreza, que la falta de condena a la violencia policial contra los afroamericanos ha disparado protestas masivas y que los residentes ilegales han visto deteriorada su posición. Pero estos puntos son los que, evalu6, le dan más votos en Estados que usualmente tienen relativamente baja tasa de votantes. En otras palabras, el manual que la derecha ha logrado sea de aplicación en los países que tuvieron gobiernos progresistas de América latina, lo están usando en casa. Y me parece que, con dicha herramienta, Trump tiene todas las de ganar, tal vez en forma ajustada. Por otra parte, su contendiente, (Sleepy Joe según Donald) no deja de ser el mal menor para una gran cantidad de gente que, ante un demócrata con un perfil un poco más

La pregunta no debería estar en cuántos van a votar por uno o por otro, sino cuál será la respuesta en los Estados que aportan los votos decisivos. Y aquí, considero, está la llave de lo que será la victoria de Trump.

Fabio G. Nigra

contundente, tal vez se hubiera tomado el trabajo de registrarse para ir a votar. A esto debe añadirse el excelente manejo que tiene Trump de las redes sociales, cosa que no se logra advertir en su contendiente. No debe extrañar, si fue lo que marcó la diferencia con Barack Obama y el primer intento de Trump, que profundice el uso de las *fake news*, el trabajo de las *Cambridge Analytica* y sucedáneos que dañan perspectivas e incentivan el odio. Todo hace parecer que dos son los conceptos clave para su reelección: odio y producción (que se traduce en consumo).

Sidnei J. Munhoz, Universidade Federal de Santa Catarina, Brasil

En otra situación, aseveraría que Joe Biden ganaría estas elecciones. Sin embargo, son necesarias algunas consideraciones.



Primero, la manipulación de la opinión pública a través de algoritmos ha mostrado la capacidad de cambiar resultados electorales, convirtiéndolos en verdaderos fraudes a la voluntad popular. Esto ocurrió en Estados Unidos en 2016 y en Brasil en 2018, entre otros lugares. Quisiera, además, hacer otras consideraciones no menos relevantes, y señalar otro punto nodal que puede distorsionar el proceso electoral estadounidense. Estados Unidos ha mantenido durante mucho tiempo una fachada de democracia formal. Además de este simulacro, el Partido Demócrata, por un

lado, y el Republicano, por otro, se comportan como fracciones de un mismo partido. Como las otras agrupaciones partidarias son minúsculas y, en la práctica, no cuentan, tenemos la ilusión de la existencia de un sistema multipartidista, cuando impera estrictamente un arquetipo de unicidad partidaria. Desde la década de 1890, quizás con la excepción de los gobiernos de Franklin D. Roosevelt, estos partidos han disputado concepciones de gobierno, pero el proyecto estatal es el mismo, sea el gobernante demócrata o republicano. Los republicanos tienden a reducir los impuestos a los ricos y a ser menos proteccionistas. Los demócratas son más proteccionistas e implementan más políticas sociales, aunque sean tímidas. La Gran Política, siempre ligada a la Política Exterior, sin embargo, mantiene inalterada su esencia. A veces, segmentos a la izquierda de los demócratas, como los que actualmente están vinculados a Bernie Sanders, buscan romper este círculo vicioso.

Algo parecido, pero con otros rasgos, ocurre con la derecha republicana. Estados Unidos ha actuado durante mucho tiempo de manera imperial y está estructurado para hacer la guerra, como dice Andrew C.

Es plausible conjeturar que Trump pueda involucrar a Estados Unidos en una guerra "patriótica" en vísperas de las elecciones, para producir una trampa para engañar a la voluntad popular y garantizar su regreso a la Casa Blanca.

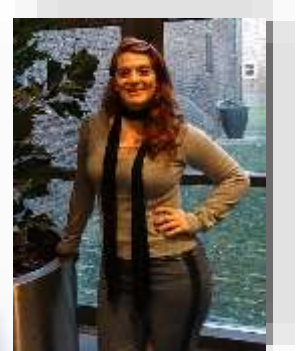
Sidnei J. Munhoz

Bacevich. Esa perspectiva cambiará poco con Biden o Trump. Para Chalmers Johnson, la capacidad de atracción de Estados Unidos a través de la seducción (*soft power*) se está erosionando y el país utiliza cada vez más acciones militares (*hard power*) para garantizar sus intereses. Desde ese punto de vista, el anti-norteamericanismo que debilita a Estados Unidos en su competitividad con Asia, en particular con China, está creciendo. Así, o se revierte este proceso o, como dijo Johnson, el país estaría viviendo sus últimos días de república. A mediados de la última década, Johnson comparó las similitudes entre lo que estaba (y sigue sucediendo) en Estados Unidos y el proceso que condujo al derrocamiento del Imperio Romano. También según Johnson, Estados Unidos está erosionando su hegemonía, debido a un sistema que apunta a la imposición global del orden estadounidense a través del poder militar. Este sistema cuenta con más de 800 bases militares, involucra a más de 500 mil personas, entre civiles y militares, con el objetivo de garantizar, por cualquier medio, la prevalencia de los intereses del país en cualquier área del planeta.

En el contexto actual, es plausible conjeturar que Trump pueda involucrar a Estados Unidos en una guerra “patriótica” en vísperas de las elecciones, para así producir una trampa para engañar a la voluntad popular y garantizar su regreso a la Casa Blanca.

Valeria L. Carbone, Universidad de Buenos Aires, Argentina

El 3 de noviembre se aproxima y en el contexto particular de esta elección, muchos analistas auguran históricos índices de participación electoral.



Si tomamos como antecedente las elecciones legislativas de 2018, un 67% de la población que cumple con los requisitos de empadronamiento según su lugar de residencia se registró para votar ese año. Pero de ese total de empadronados, sólo el 53% efectivamente ejerció luego su derecho al voto.

En un intento por explicar la “masiva participación electoral” y la “oleada de victorias demócratas” que no fue, se refirió a la “(ir)relevancia de las elecciones de mitad de mandato” (en las que “sólo” se renueva un tercio del Senado y la totalidad de la Cámara Baja) y se alegó que las participaciones electorales masivas eran cosa de los comicios presidenciales. No obstante, en la elección de 2016 la participación electoral apenas superó el 60% del padrón.

Algo parecido parece suceder con las encuestas de opinión pública y los vaticinios sobre el resultado electoral. Los análisis a partir de los datos dados no condicen con el devenir del proceso. Ello se evidenció tanto en el fiasco de las predicciones de 2016, como en los pronósticos que daban a Bernie Sanders como ganador de las primarias del

partido demócrata este año. Y esto es importante en una instancia en la que las encuestas que muestran a Joe Biden como el casi indiscutido ganador, parecen hacernos olvidar que, en 2016, 10 días antes de las elecciones, los números decían que Hillary Clinton aventajaba a Donald Trump 50 a 38 en intención de voto.

Por otra parte, después de todo lo visto, dicho y acontecido en los últimos cinco años, del racismo, la xenofobia, la misoginia, el desdén, la violación de tratados a nivel internacional y de los derechos humanos a nivel doméstico, la violencia verbal y en las calles, el manejo de la pandemia, los números de la economía, el exponencial aumento en los niveles de conflictividad social y tensión racial: ¿Por qué nos seguimos preguntando por qué es tan difícil ganarle a Trump?

Trump no es una anomalía histórica. Representa a un importante segmento poblacional en términos políticos, ideológicos y culturales, a lo que se suma la incongruente falta de visión política del partido opositor y su notoria incapacidad de capitalizarse como tal. Mientras tanto, Trump ha logrado no solo consolidar su base de apoyo, sino aumentarla; al tiempo que los demócratas, interesados en atraer a los independientes moderados y republicanos desencantados con la actual gestión, no han hecho más que alienar a su “base” de jóvenes progresistas y simpatizantes de otros partidos. A ello se suma el movimiento de supresión del derecho al voto, que ha alcanzado a todos los estados, “el voto-vergüenza” (los no-confesos votantes de Trump), y el cada vez más creciente

movimiento del “voto-bronca”, devenido en absentismo electoral.

Las elecciones 2020 no son ciertamente las más definitorias, ni las más importantes de la historia estadounidense, amén de las circunstancias excepcionales que la rodean. Lo que destaca principalmente de este ciclo electoral, y que será lo crucialmente definitivo, es que será el más impugnado. Si los números otorgan la elección al actual gobierno, los demócratas gritarán “fraude” desde todos los rincones del país. Y si gana el mayor partido opositor, lo hará el presidente y los grupos de poder a los que representa, para lo que vienen preparando el escenario ya desde hace varios meses. Y esto es lo que hace a esta elección de alguna manera impredecible. Lo que sí podemos predecir es que este ciclo electoral terminará por consolidar la crisis de representatividad en la que se encuentra inmerso el sistema bipartidista estadounidense, con el potencial de transformarse en una abierta crisis de legitimidad

Lo que sí podemos predecir es que este ciclo electoral terminará por consolidar la crisis de representatividad en la que se encuentra inmerso el sistema bipartidista estadounidense, con el potencial de transformarse en una abierta crisis de legitimidad.

Valeria L. Carbone

Jorge Hernández Martínez, Universidad de La Habana, Cuba

¿Quién cree que ganará las elecciones en los Estados Unidos y por qué? Se trata de una pregunta sencilla, cuyas posibles respuestas, sin embargo, se dificultan. En plena contienda presidencial de 2020, bajo el impacto de la crisis provocada por la pandemia, que ha contribuido a profundizar los problemas acumulados durante el desempeño de Trump, la situación adquiere creciente complejidad, sobre todo cuando ya están tan cercanos los comicios. Ello requiere mucha matización analítica.



Cada día que pasa, el viento en contra de Trump es más fuerte, pero no es descartable su reelección. Fue absuelto del juicio político al que se le sometió, en circunstancias adversas, y a pesar de la inconformidad que genera su errático manejo de la crisis epidemiológica y la agravada situación económica, sobre todo del desempleo, la cultura WASP que simboliza, configurada por nativismo, racismo, populismo, influye en el imaginario de una parte de la población, la que se sintió reconocida con sus promesas, manteniendo, si bien con debilitamiento, determinada consistencia y lealtad.

Biden, fortalecido durante el transcurso de la pandemia - no tanto por la imagen

No resultan claros los resultados. Más que de un debate partidista o personal, se trata de la redefinición del proyecto de nación.

Jorge Hernández Martínez

que ofrece con su avanzada edad y su carencia de atributos carismáticos, ni por las propuestas de su partido, sino a causa de la impopularidad de Trump - no es una alternativa vigorosa, aunque pueda prevalecer en las urnas. Los demócratas han aprovechado la oportunidad brindada por la pandemia y las torpezas del presidente. Su programa, no obstante, se ha definido más bien a la defensiva, sin una mirada trascendente, de largo plazo. Su bajo nivel de iniciativa no ha satisfecho a plenitud las expectativas de los que ansiaban un cambio. La inclusión de Kamala Harris como candidata a la vicepresidencia puede fortalecer, pero también debilitar la campaña demócrata. El alcance de los estremecimientos sociales y reacciones masivas de protesta contra la racista violencia policial, en caso de persistir, pueden beneficiar a ese partido. Al sumar y restar, es posible una victoria demócrata, pero con margen estrecho.

Los republicanos han permanecido divididos entre los que toleran o aceptan de manera parcial el liderazgo de Trump, y los que le refutan, acercándose algunos segmentos tradicionales, exponentes de una derecha razonable, incluso a posiciones demócratas. No cuentan con un consenso, aunque de cara a los comicios se proyecten con cierta coherencia, en función de lograr la permanencia en la Casa Blanca. Eso puede conducir a un soporte, con resonancia en la naturaleza cultural conservadora nacional, pero

limitado, en los votos a favor de Trump. Sumando y restando, quizás eso sea insuficiente para un triunfo y contribuya a una derrota.

No resultan claros los resultados. Más que de un debate partidista o personal, se trata de la redefinición del proyecto de nación, por una recomposición de equilibrios y consensos, por la superación no de una crisis, sino de los efectos acumulados de una serie de ellas. Aunque pueda parecer una expresión salomónica, Trump debe perder, pero podría ganar. Biden debería ganar, pero pudiera perder. Y no se pierda de vista que, en los Estados Unidos, los procesos electorales no están concebidos ni diseñados para cambiar el sistema, sino para mantenerlo, consolidarlo y reproducirlo.

Leandro Morgenfeld, Universidad de Buenos Aires | CONICET, Argentina

A sólo dos meses de las elecciones, el resultado está abierto. Hasta principios de este año, Trump se encaminaba hacia una casi segura reelección. La



crisis sanitaria, económica y social del último semestre modificaron el escenario. El establishment demócrata logró imponer a Joe Biden, quien hasta hace algunas semanas parecía estar en condiciones de frustrar el proyecto reeleccionista. Sin embargo, tras el fin de ambas convicciones partidarias y el inicio formal de una campaña atípica, los

números de encuestas muestran una mayor paridad, sobre todo en los estados oscilantes que definirán la elección.

Quedan por delante dos meses en los que puede ocurrir de todo. Trump no será como Al Gore, quien se retiró de la contienda en diciembre del 2000, para evitar erosionar la imagen internacional de Estados Unidos, luego de evidencias de fraude en el proceso que terminó con el polémico triunfo de Bush. Queda por ver la evolución de la pandemia, el grado de recuperación de la economía y los ataques que el avezado Trump lanzará contra su adversario en los tres debates presidenciales. Intentará capitalizar un eventual rebote en la actividad y el anuncio de una vacuna contra el COVID-19, además de supuestos logros en materia de política exterior (reconocimiento de Israel por parte de Emiratos Árabes Unidos). Profundizará su retórica anti-China y anti-inmigrante y atacará las propuestas demócratas acusándolas de socialistas. Agitará el fantasma del fraude e intentará reducir a la mínima expresión el voto por correo, para disminuir la participación electoral. Reforzará su discurso represivo, mostrándose como el único garante posible de la “ley y el orden”, frente a la anarquía demócrata. E incluso no hay que descartar alguna aventura militar, como una intervención en Venezuela, impulsada en estos días nada menos que por el influyente senador Marco Rubio, para ganar el estratégico estado de la Florida. Aunque, es justo decirlo, Trump, a diferencia de sus antecesores, resistió hasta ahora las presiones de los halcones del Pentágono y fue renuente a impulsar acciones bélicas en el exterior.

Existen grandes posibilidades de que el proceso de elección del jefe de la Casa Blanca termine en un escándalo político-institucional superior al del año 2000 – cuando George W. Bush ganó por apenas 538 votos el estado de Florida, donde gobernaba su hermano Jeff, luego de semanas de controversias e impugnaciones judiciales y acusaciones de fraude electoral-, profundizando la crisis del liderazgo global que Estados Unidos ostentó desde la segunda posguerra. Trump viene insistiendo en que no sabe si reconocerá el resultado electoral, hace algunas semanas planteó públicamente la posibilidad de aplazar los comicios y el 20 de agosto directamente declaró, sin mostrar ninguna evidencia, que “Esta será la elección más fraudulenta de la historia”. La batalla sobre el rol del correo, en el contexto de la pandemia, es clave y se está mostrando encarnizada. La suerte de Trump depende de que no vote demasiada gente (en 2016 la participación no llegó al 60%), por lo cual los republicanos extremarán los mecanismos de supresión del voto. Su perpetuación en el poder, o su eventual (caótica) derrota, profundizarán, aunque de modo distinto la decadencia global de la hasta ahora principal potencia planetaria. Luego del 2020, a Estados Unidos le costará cada vez más seguir presentándose como el faro moral de Occidente.

Existen grandes posibilidades de que el proceso de elección del jefe de la Casa Blanca termine en un escándalo político-institucional superior al del año 2000.

Leandro Morgenfed

Marcos Montysuma, Universidad Federal de Santa Catarina, Brasil

Ante la pregunta de quién ganará las elecciones en Estados Unidos y por qué, respondo teniendo en cuenta los siguientes aspectos:



a) las elecciones en Estados Unidos no tienen lugar bajo los mismos criterios que otras democracias occidentales, donde el candidato que obtiene la mayoría de los votos es el elegido. Este fenómeno se origina en la creación de la república. En el siglo XVIII, representantes locales se reunieron en Filadelfia, y ante el temor de perder el poder, institucionalizaron la autonomía de los estados para gobernar el proceso de elección a través del voto. El mismo principio se aplicó en las elecciones presidenciales: cada estado determina su propio modelo para votar por el cargo principal de la nación. Así, se creó la elección por medio de delegados, que representa hasta 538 votos: 100 representantes del Senado, 435 de la Cámara Baja, y 3 delegados que representan al distrito de Columbia, sede del Poder Ejecutivo. El que obtenga un mínimo de 270 votos, gana.

Los delegados son elegidos a través del voto popular para representar al estado en el colegio nacional electoral. Estos están obligados a votar por el candidato que salió ganador en su localidad. Hay dos estados donde el voto de los delegados se divide

proporcionalmente, y un estado en el que el candidato victorioso se lleva todos los votos.

b) hay Estados que históricamente son considerados demócratas, otros que son marcadamente republicanos. Pero hay estados en los que la disputa es apretada e incierta, alternando el partido ganador en cada elección. De los 14 estados con más peso en el colegio electoral, según encuestas de agosto de 2020, Biden ganaría en Diez (BBC-Brasil, 24/08/2020). El factor inverso ocurrió en 2016, cuando Trump venció a Hillary Clinton en diez de ellos.

c) ¿Qué factores asustaría el votante de Trump ayudando a debilitar su regreso a la Casa Blanca?

- Su actitud irresponsable ante la crisis del coronavirus, lo que le llevó a adoptar medidas tardías para proteger a la población.
- La situación inusual del avance de la policía y la justicia sobre sus principales aliados y asesores.
- Su política internacional inestable, que causa incertidumbre y reveses en la economía del país, aumentando las tasas de desempleo.
- Adoptar actitudes evasivas que culpen al "otro", que no responde claramente a las preguntas planteadas por la prensa y la población con respecto a los problemas que enfrenta el país.
- Adoptar una postura beligerante de confrontación entre los ciudadanos, que provoca violencia civil.
- Posicionarse contra gobernadores y alcaldes en localidades donde la

población lleva a cabo manifestaciones del movimiento "Black Live Matter" (BLM).

- El hecho inusual de que destacados republicanos, tanto del Congreso como de la vida política nacional, han aparecido en la convención demócrata expresando su apoyo a Biden/Harris.
- Los frecuentes informes de republicanos insatisfechos con Trump que no votaron en las elecciones pasadas y ahora parecería votar por el oponente.
- Tampoco pasa desapercibido para el público en general y el votante más sensible el hecho, inaudito, de que un presidente en el cargo ha utilizado la residencia oficial y la oficina del gobierno para la convención del partido que lo nomina para presidente.

Es por estas razones que, creo, existe un marco relativamente favorable para la fórmula Biden/Harris. Sin embargo, reflexiono mientras escribo en el calor de estas horas. En este momento, principios de septiembre, recibo registros de prensa que señalan las consecuencias de las manifestaciones del BLM, donde Biden ya cuenta pérdidas porcentuales en la simpatía

El marco electoral no se define a favor de uno u otro. Recordemos que las mismas prácticas que operaron en las elecciones de 2016, pueden (si no lo hacen ya) volver a hacerlo.

Marcos Montysuma

del electorado. El carácter violento de muchas de ellas ha sido adjudicado por Trump y sus seguidores a Biden. Y esto no es un accidente.

Así, el marco electoral no se define a favor de uno u otro. Recordemos que las mismas prácticas que operaron en las elecciones de 2016, pueden (si no lo hacen ya) volver a hacerlo a favor de Trump. Nos referimos al uso de bots del mundo virtual, o la transmisión masiva de noticias falsas que convenientemente forjaron una opinión favorable de Trump. El mismo fenómeno se sucedió en Brasil, que resultó en la particular elección de ese fatídico año de 2016. El artesano de ese modelo criminal de influencia digital, el Sr. Steve Bannon, hoy tiene las manos atadas a la justicia. Pero siempre hay una secretaria del diablo reemplazándolo en las escaramuzas de todo el mundo. Espero que este no sea el caso - pago por ver. Espero el próximo 3 de noviembre para ver el resultado. A partir de aquí creo en todas las posibilidades, porque no creo en las brujas, pero que las hay, las hay, dice un viejo refrán. En cualquier caso, independientemente del resultado de las elecciones, el ocupante de la Casa Blanca ejercerá su mandato como guión: quien levante la cabeza en contra de sus intereses recibirá el tratamiento adecuado...